

El Darwinismo en la historia norteamericana

por

Alejandro Soto Cárdenas

LA GUERRA CIVIL Y EL DESARROLLO ECONÓMICO

Este conflicto, como acontecimiento económico, produjo una revolución en la economía norteamericana, y por ende, en sus estructuras sociales. La Guerra de la Secesión estimuló la industria, aceleró la explotación de los recursos naturales, desarrolló la explotación manufacturera en gran escala, como el crecimiento de los bancos de inversión, extendió el comercio exterior, y dio origen a una nueva generación de hombres: "los capitanes de la industria" y "los amos del capital".

En los cuarenta años siguientes a la guerra la población subió de 31 millones a 66; quince millones de inmigrantes entraron al país; la red ferroviaria aumentó de 48.000 kilómetros a 320.000, con lo que Estados Unidos llegó a tener el mayor sistema ferroviario del mundo. En el decenio 1860-1870, el número total de establecimientos fabriles aumentó en un 80% y el valor de los productos manufacturados en un ciento por ciento. Entre 1860 y 1890 la superficie cultivable se duplicó y las tierras de hecho cultivadas se triplicaron¹. En una sola generación se abrieron al

¹A. Nervins y H. S. Commager: *Breve historia de los Estados Unidos. Biografía de un pueblo libre*. Cía. General de Ediciones, México, p. 309.

cultivo tres veces más tierra que en los 200 años anteriores en la historia norteamericana. La producción agrícola aumentó aún más que la superficie cultivada. Estados Unidos alimentaba y vestía a Europa y al mundo. La apertura de tierras del Oeste y la aplicación de la maquinaria y de la ciencia a los procedimientos de cultivo explican esta hazaña.

Las más grandes fortunas se hacían en los ferrocarriles, las minas, las maderas, las carnes en conserva, el hierro, el acero, el petróleo, la electricidad y en las inversiones relacionadas con la guerra y la explotación del Oeste.

Aparece una nueva plutocracia. Vanderbilt, Stanford, y Villard son nombres de constructores de ferrocarriles; Armour y Swift son envasadores de conservas; Weyerhaeuser es el rey de la madera; los soberanos del hierro son Andrés Carnegie y Abraham S. Herritt; Juan D. Rockefeller crea toda una dinastía en el petróleo. Estos nombres llegan a ser tanto o más populares que los de los políticos o los de los escritores. El dinero adquiere inusitada influencia en la política y abre los caminos a la consideración social. Se levantan suntuosas mansiones a lo largo de la Quinta Avenida de Nueva York y de la Avenida de Michigan de Chicago. Se fundan Colegios Universitarios y Universidades, se financian iglesias y misiones religiosas, se patrocinan orquestas y museos.

Esta formidable revolución industrial se basó en el carbón, el petróleo, el hierro y la electricidad. La cantidad de antracita y carbón bituminoso eran formidables; Nueva México sólo poseía la suficiente cantidad para mantener en funcionamiento durante un siglo a todas las fábricas de los Estados Unidos. En 1910, este país extraía 500 millones de toneladas al año, y no era explotado ni siquiera el 1% de sus reservas utilizables. En el petróleo ocurrió algo parecido. Desde 1900, la producción norteamericana no fue en ningún año inferior al total de la producción del resto del mundo. Después de 50 años de explotación del hierro, cálculos serios han demostrado que los Estados Unidos todavía tienen reservas

para otros dos siglos. Por fin, la riqueza hidráulica es de tal magnitud que se puede proporcionar fuerza motriz para las necesidades industriales de una población de más de trescientos millones de habitantes. Lo notable es que la mayor parte de los recursos naturales sólo pudieron ser utilizados en gran escala a partir de 1850.

La inventiva norteamericana permitió un aprovechamiento más racional de estos dones de la naturaleza. Entre 1860 y 1900 la Oficina de Patentes de los Estados Unidos concedió no menos de 676.000 documentos pertinentes, con lo que el pueblo norteamericano patentó más inventos que cualquier otra nación de la tierra. Los nuevos aparatos han encontrado un estímulo eficaz en el desarrollo de la industria del acero, y la aplicación de la electricidad a la industria.

En posesión de recursos tan indispensables y tan vastos para la fabricación del acero, la industria siderúrgica creció enormemente. En 1890, la producción sobrepasó a la de Inglaterra, y en 1900 Estados Unidos producía más acero que Inglaterra y Alemania en conjunto.

Todo este formidable desarrollo económico está íntimamente relacionado con la Guerra Civil (1861-1865), que por muchos es considerada como la más desastrosa de los tiempos modernos. En ella perdieron la vida 600.000 norteamericanos. Cientos de miles quedaron completamente inhabilitados. Hubo una pérdida total de 20 billones de dólares. El sur quedó casi completamente destruido, pero para el norte fue estimulante, ya que se produjo un resurgimiento económico. Como empresa bélica, en la Guerra Civil hubo un gran consumo de ropa hecha, de artículos de cuero, de frazadas y de materiales de guerra. El hierro, el carbón y el cobre alcanzaron su producción máxima. El petróleo, descubierto en Pensylvania en 1859, llega a ser la mayor empresa. En 1865 ya se exporta petróleo. En la zona de los Grandes Lagos y en Nueva Inglaterra se aumenta la producción de oro y plata.

La prosperidad fue un hecho después de finalizar la guerra,

por lo menos para el norte. No obstante, también hubo corrupción. Los salarios industriales no subieron en proporción al alza del costo de la vida. La inflación afectó a quienes vivían de salarios fijos y hubo especulación bursátil. El movimiento obrero adquirió una violencia inusitada en busca de una mayor justicia social y económica. La huelga de los ferrocarriles de 1877; la masacre de Haymarket (1886); la de las Heredades Familiares (1892); y el gran movimiento en contra de Pullman, en 1894, fueron episodios reveladores de la inquietud social provocada por las injusticias existentes. De 1881 a 1905 hubo no menos de 37.000 huelgas, unas cortas y locales, otras largas y nacionales. Entre 1863 y 1865 se organizaron diez uniones nacionales para defender los derechos de los trabajadores.

EL DARWINISMO EN ESCENA

En este ambiente y en esta fiebre de dinero las ideas de la época fueron hechas para justificar semejante enriquecimiento. Economistas, intelectuales, periodistas y educadores, encontraron en la doctrina biológica de Carlos Darwin y en la filosofía de Herbert Spencer, los contenidos conceptuales necesarios para envolver esta realidad nueva de la Epoca Contemporánea, con el ropaje intelectual indispensable para darle un significado histórico. Ha sido el historiador norteamericano Richard Hofstadter, de la Universidad de Columbia, quien ha puesto un mayor énfasis en esta particular manera de entender y de interpretar el darwinismo, por parte de la "intelligenza" y de los hombres de empresa de los Estados Unidos². El presente trabajo no tiene otra

²Véase Richard Hofstadter, William Miller y Daniel Aaron: *The United States: The history of a Republic*, Prentice Hall, Inc., N. Jersey, 1957.

R. Hofstadter: *Social Darwinism in America* thought, George Braziller, New York, 1959.

R. Hofstadter: *The American political tradition*. Vintage Books, New York, 1958.

pretensión que divulgar el pensamiento de este autor en torno a esta materia, junto con exponer algunos puntos de vista de carácter personal.

Carlos Darwin publicó su monumental obra "El origen de las especies", en 1859. El gran naturalista inglés había sostenido que todos los seres vivos, lejos de haber sido creados por Dios en siete días, habían evolucionado gradualmente, en millones de años, desde etapas muy primitivas de existencia, a través del principio llamado de la "selección natural". En la naturaleza existe una permanente "lucha por la existencia" en un medio natural que constantemente cambia. Sólo los más "aptos" sobreviven, es decir, aquéllos cuyas variaciones físicas los capacitan mejor para adaptarse a los cambios. Después de mucho tiempo, las alteraciones acumuladas producen el desarrollo de nuevas especies.

En un comienzo estas ideas fueron rechazadas por los dirigentes religiosos y por los científicos más notables de los Estados Unidos. Pero después de la muerte de Louis Agassiz, en 1873, dos hombres se van a dedicar a popularizar esta nueva doctrina: el botánico de Harvard, Asa Gray, y el historiador y conferenciante, John Fiske. Este último no vio nada de antirreligioso en el pensamiento de Darwin, porque, según él, este proceso evolutivo era una maravillosa prueba de la providencia divina.

Pero le correspondió al filósofo inglés, Herbert Spencer, reconciliar la teoría darwiniana con el optimismo norteamericano. Por medio de su filosofía sintética, Spencer explicó la nueva biología en términos tales que cualquier hombre la pudiera comprender. Spencer sostuvo que la evolución no sólo era cambio, sino que implicaba progreso. Como proceso, ella debería culminar en un estado de existencia donde el mal y la inmoralidad deberían desaparecer. Con estas ideas, Spencer satisfizo a miles de norteamericanos, quienes ya no se atuvieron a una interpretación literal de la Biblia.

En una serie de artículos, publicados desde 1860, este autodidacto inglés trató de demostrar cómo la Teoría de la Evolución de Carlos Darwin en relación a la naturaleza, también se podía aplicar a la evolución o progreso de la sociedad. Spencer tomó las afirmaciones botánicas y biológicas de Darwin y las transfirió a la esfera social. Sus discípulos comenzaron a llamarse "Darwinistas Sociales" (Social Darwinist). Para ellos, la "lucha por la existencia", de Darwin, estaba representada por la competencia mercantil; la "selección natural" era el *laissez-faire*; y la "supervivencia del más capaz" estaba demostrada por la forma cómo las creaciones de los gigantes de la industria (el trust petrolero de Rockefeller, por ejemplo) se tragaba a los más pequeños y más débiles competidores, en su camino hacia el enriquecimiento. Concluían, finalmente, que el progreso social exigía que se dejara entregada a su natural inclinación y tendencia a estos organismos industriales complejos.

El pensamiento de Spencer estimuló el optimismo norteamericano. Para él, el éxito en los negocios demostraba habilidad superior de adaptación a los cambios; el fracaso implicaba capacidad inferior. La intervención del Estado era perniciosa ya que interrumpía el proceso por el cual la naturaleza impersonal premiaba al fuerte y eliminaba al menos apto. Esto, en su concepto, se traducía en progreso. Por ello, Spencer se oponía a que se dictaran leyes a favor del pobre, para solucionar los problemas habitacionales, educacionales y sociales.

Spencer tuvo un éxito inmenso en los Estados Unidos. Hacia el año 1900, ya se habían vendido 350.000 ejemplares de sus obras, una cifra récord para trabajos de esta naturaleza. Desde 1860 Eduardo Livingston Youmans y John Fiske divulgaron el darwinismo a través del país en artículos de revistas, libros populares y conferencias. La Universidad de Harvard, en 1869, la de Yale, la de John Hopkins, y otros centros de educación superior desde

1870, adoptaron la filosofía de Spencer en la enseñanza religiosa, y en las ciencias biológicas y sociales.

Andrés Carnegie, que había crecido en un medio intelectual y de avanzada en Escocia, llegó a los Estados Unidos, en 1848, a la edad de 13 años. Antes de llegar a ser uno de los hombres más ricos del mundo, a través de la fabricación del acero, se había trazado a sí mismo un camino de esfuerzo y de superación espiritual. Pero al leer a Spencer cambió de actitud y dejó a un lado sus creencias teológicas y sobrenaturales. Al respecto expresó que todo aquello que es mejor es bueno.

John D. Rockefeller, Jr., también sacó fuerzas de la ley natural. En un discurso en su escuela dominical tuvo ocasión de expresar que el crecimiento de los grandes negocios es sólo cuestión de sobrevivencia del más apto.

Jorge Hearst, al entrar al Senado, que era popularmente conocido como "el club de los millonarios", expresó que esta rama del Congreso estaba compuesta por los sobrevivientes de los más capaces.

La visita de Spencer a los Estados Unidos, en 1882, fue un acontecimiento único. Los intelectuales y los dirigentes de las actividades sociales le rindieron toda clase de honores. Los periodistas informaron que el filósofo inglés había saludado a Andrés Carnegie como a uno de sus amigos más íntimos.

El pensador darwinista más original fue Guillermo Graham Sumner, un sociólogo y economista de la Universidad de Yale, que fue más riguroso y menos optimista que Spencer. Tal como sus mentores intelectuales, aceptó la teoría de Malthus, por la cual se sostiene que la población crece más rápidamente que los medios de subsistencia. Pero de una manera distinta a Spencer no creyó que la presión por los alimentos o la lucha por la vida debía conducir inevitablemente al progreso. Para Sumner la vida es algo salvaje y una lucha constante. Despreciaba a los sentimentales que inventan medidas para proteger al débil y exaltaba a los millona-

rios como producto de una selección natural. En su concepto, la víctima de estas medidas era el hombre que trabajaba duro, que se preocupaba de sus propios negocios y pagaba todos sus impuestos. En su individualismo extremo llegaba incluso a rechazar las tarifas aduaneras protectoras.

Como se habrá observado, las doctrinas de Darwin y Spencer estaban encaminadas a favorecer a los dueños de capitales, a la parte más conservadora del país, que no quería cortapisa alguna para llegar a una acumulación creciente de riquezas.

LA CRÍTICA AL DARWINISMO-SOCIAL

El régimen de libre competencia sufrió el impacto de depresiones económicas y de movimientos huelguísticos en la segunda mitad del siglo XIX. Las crisis de 1873 y 1893, y la inquietud obrera obligaron a varios pensadores a reconsiderar los postulados en que se apoyaba el régimen imperante. El crecimiento de los "Caballeros del Trabajo" (Knights of Labor) y las huelgas consiguientes, encontraron su punto culminante en el movimiento para conseguir la jornada de trabajo de ocho horas y la masacre de Haymarket. Muchos ministros protestantes y periodistas criticaron los abusos cometidos, así como en el pasado sus predecesores habían arremetido contra la esclavitud.

Hacia el año 1900 surgió un movimiento de reforma que ya se encontraba en preparación desde hacía unos años. Un grupo de periodistas y escritores, que fueron llamados por Teodoro Roosevelt "los removedores de estiércol" (the muckrakers), se dedicaron a investigar y a publicar todos los asuntos turbios que existían en la sociedad norteamericana: el trabajo infantil, la prostitución, la trata de blancas, los métodos de lucha despiadada entre las grandes empresas, la corrupción política, la segregación racial, etc.

Los que estaban descontentos con esta inhumana realidad, también utilizaron el darwinismo para fortalecer su crítica social. Enrostraron a los spencerianos el hacer un paralelo entre la naturaleza y la sociedad, con lo que se desestimaba el poder del espíritu humano para modificar el medio ambiente. Aceptaban "el origen de las especies", pero rechazaban como anticientífica y anticristiana la afirmación de los darwinistas-sociales de que la situación del hombre era como la de los animales y el principio de la "selección natural que justificaba el *laissez-faire* en economía.

Uno de los antagonistas de Spencer fue Lester Ward, quien afirmó que todos los resultados prácticos de las ciencias eran el producto del control humano sobre las fuerzas de la naturaleza. La competencia hace desaparecer al más capaz. El deber del hombre no es imitar la naturaleza, sino dominarla. La rudeza de la lucha económica tiene que ser suavizada por una adecuada intervención estatal. Un gobierno democrático, que mire el interés de todos, permitirá un verdadero individualismo, al combatir el monopolio que es lo que estrangula todas las oportunidades económicas.

Un grupo, llamado "los evangelistas seculares", negó que el progreso pudiera generarse de la competencia inhumana y del rechazo del menos apto. Para ellos, las grandes huelgas ocurridas entre 1870 y 1900, revelaban que algo andaba mal en esta maquinaria financiera y que en estas condiciones no se podía aceptar las afirmaciones fatalistas de Spencer, por las cuales se sostenía que toda reforma era inútil y que sólo el tiempo podría resolver los problemas sociales.

Para Henry George, la filosofía de Spencer pecaba contra la debilidad del hombre, al tratarlo como una cosa, y en algunos aspectos a un nivel más bajo que a los mismos animales. Para George el darwinismo-social fallaba, igualmente, al tratar de explicar por qué algunas personas progresaban y otras no. Según él, el progreso dependía de la asociación humana y de la igual-

dad, que dejaban libres todos los poderes creadores del hombre. Cuando dominaba la desigualdad la asociación se detenía y la civilización declinaba. Consideraba que el progreso iba acompañado de pobreza por el sistema defectuoso del régimen de propiedad privada sobre la tierra. Porque ésta tomaba valor por la gente que vivía sobre ella, Henry George concluía que la plusvalía debía volver a la sociedad a través de un impuesto único sobre el valor de la tierra. Dejaba subsistente la propiedad privada, pero era partidario de socializar la renta producida por ella.

Eduardo Bellamy, en su novela *Looking backward* (1888), rechazó el fatalismo conservador de los darwinistas-sociales, pero a diferencia de George, concentró su ataque en el sistema competitivo mismo. Su novela es una utopía, en la cual él se imagina una sociedad ideal que florece en el año 2000, cuya eficiencia, tranquilidad y belleza contrasta con los Estados Unidos de 1880. Esta edad de oro aparece después de la nacionalización de los grandes trusts, cuando la lucha por la existencia del mundo actual es reemplazada por un sistema industrial científicamente organizado y unificado. Bellamy gozó de una gran popularidad y a su sistema le dio el nombre de "nacionalista", pero dejó bien en claro de que no se trataba de un movimiento clasista. Consideraba que todos los hombres eran víctimas de una manera u otra de esa sociedad industrial y de que todos deberían estar interesados, aún cuando fuera por sus hijos, en crear una existencia más noble y feliz. En el fondo presentó ideas socialistas, pero evitó, conscientemente, emplear las palabras "socialista", "comunista" y "anarquista". Numerosos clubes "nacionalistas" se crearon en el país, pero como el partido "Socialista" de Eugenio Debs y el partido "Socialista-Laborista", creado en 1877, no lograron captar las simpatías de la opinión pública norteamericana.

George y Bellamy no tuvieron éxito en el medio universitario. Sin embargo, alrededor de 1880, los principios del *laissez-faire* comenzaron a sufrir el ataque de algunos economistas educados en

las universidades alemanas. Bajo la dirección de Richard T. Ely se fundó la American Economic Association, en 1895, que se pronunció a favor de una positiva asistencia del Estado, sin dejar de reconocer la necesidad de la iniciativa individual en la vida industrial; además, rechazó la doctrina del *laissez-faire* como inmoral.

Para Thorstein Veblen los ricos no eran los más aptos desde el punto de vista biológico, no eran el producto de una selección natural y ni siquiera eran socialmente útiles. Estos capitanes de la industria saboteaban la maquinaria fabril, porque su interés, a diferencia del que tenían los técnicos e industriales, era primordialmente financiero. Veblen soñó en una comunidad sin amos, organizada por una élite técnica.

INFLUENCIA DEL DARWINISMO EN EL PENSAMIENTO NORTEAMERICANO

Lo que distinguió a la ciencia predarwiniana de la postdarwiniana fue la forma cómo los científicos estudiaron sus hechos. Los darwinistas no se preocuparon si sus observaciones armonizaban con las viejas fórmulas, con los antiguos ideales o con las creencias ya fijadas. Lo que a ellos les preocupaba era saber cómo era el mundo, más que conocer quién o qué había creado el universo. Pero esta actitud nueva para encarar lo científico tuvo que chocar con la tradicional filosofía norteamericana.

Antes de la Guerra Civil la corriente filosófica predominante era la Escuela Escocesa o Realista, que era una adaptación de algunos principios de la Ilustración a las necesidades del Protestantismo, y particularmente, al calvinismo. Consideraba que el hombre poseía la capacidad necesaria para llegar al conocimiento de la verdad. Así como Newton había formulado las leyes del universo, así otros hombres podían descubrir otras leyes naturales en la política, en la economía y en la moral. Una posición intelectual semejante sólo podía justificar el *statu quo* social imperante.

A partir de 1870, el idealismo alemán, desarrollado por Hegel y sus seguidores, comienza a influir en la Escuela Escocesa. El idealista norteamericano más notable fue Josiah Royce, que enseñó en Harvard desde 1882 hasta 1916. Mientras Hegel consideraba que la verdadera libertad del individuo se encontraba en su sometimiento al Estado, Royce pensó que la verdadera felicidad se encontraba en la unidad y en la armonía.

Al finalizar el siglo XIX aparece una nueva filosofía, que rechaza el idealismo alemán, y de la cual William James y John Dewey, van a ser los principales expositores. Esta escuela, conocida con el nombre de Pragmatista, repudia los sistemas fijos de creencias y valoriza las ideas de acuerdo con sus consecuencias.

La filosofía de Spencer, como el Pragmatismo, ambas escuelas influidas por el Evolucionismo darwinista, tienen algunos rasgos en común, pero además, poseen otros caracteres que les diferencian.

La Escuela de Spencer había dominado en la era de la formación de la gran empresa. El Pragmatismo, en cambio, va a superponerse en el pensamiento norteamericano en los primeros veinte años del siglo actual hasta llegar a ser la filosofía típicamente americana. Fue el enfoque ideológico de la época Progresivista, caracterizada por el deseo de lograr reformas sustanciales para darle al norteamericano medio una mayor participación en el progreso económico general. La filosofía de Spencer había sido la aceptación de lo inevitable; el Pragmatismo fue la filosofía de las posibilidades.

La oposición entre Pragmatismo y spencerianismo arranca de la forma cómo cada una de estas escuelas encara la relación entre organismo y medio ambiente. Este, para Spencer, era una realidad fija, lo que era una posición muy cómoda para quien no tenía ninguna queja en contra del orden existente. Para el Pragmatismo, que le daba una mayor importancia a las actividades del organismo, el medio ambiente era algo modificable.

El Pragmatismo partió del darwinismo y estuvo fuertemente influenciado por él, pero pronto se desvió y lo dejó a un lado. En el fondo la filosofía de Spencer era una cosmología. Los pragmatistas, en cambio, se preocuparon de estudiar el uso que se podía hacer del conocimiento. Esta escuela fue una aplicación de la biología evolucionista a las ideas humanas, en el sentido de que enfatizaba la importancia del estudio de las ideas como instrumentos del ser humano.

Al comienzo, los pragmatistas trabajaron con conceptos darwinistas (organismo, medio ambiente, adaptación) y utilizaron el lenguaje naturalista. Pero fueron a rematar a una posición totalmente diferente.

Spencer había exaltado la evolución como un proceso impersonal y había destacado lo inútil de acelerar o retrasar el curso de los acontecimientos; por último, había relacionado la evolución social con un proceso cósmico, que debería terminar en un estado de felicidad completa. Su visión fue fatalista.

Los pragmatistas en un comienzo no tuvieron ningún interés especial en preocupaciones de orden social; sólo les preocupaban las ideas desde el punto de vista individual; con el tiempo evolucionaron a una teoría filosófica socializada, sobre todo en el instrumentalismo de John Dewey.

La divulgación del Pragmatismo terminó con el monopolio de Spencer sobre la Teoría de la Evolución, y señaló que el uso intelectual del darwinismo era más complejo que lo que los seguidores de Spencer habían considerado.

El aporte más vital de los pragmatistas fue el haber contribuido a robustecer la creencia sobre la efectividad de las ideas y la posibilidad de cambios en lo social, con lo que prestó un enorme servicio al deseo de reformas que inspiró al progresivismo.

Así como Spencer fue partidario del determinismo y del control del hombre por el medio ambiente, así los pragmatistas se

inclinaron a favor del concepto de libertad y del control del medio ambiente por el hombre.

William James participó en un comienzo de las ideas de Spencer, pero pronto rechazó su concepción del mundo, por considerarla horrorosamente monótona. James huye de la abstracción, de las soluciones verbales, de los principios fijos, para colocar su atención en los hechos, en la acción y en el poder. Para él, las ideas son instrumentos, y no respuestas a enigmas. En su concepto, el Pragmatismo no tiene dogmas, ni doctrinas, excepto el método, que es el procedimiento para llegar a la verdad. Es verdadero aquello que es bueno, aquello que es útil.

La otra versión del Pragmatismo fue el Instrumentalismo de John Dewey. Este pensador consideró la inteligencia como una herramienta de reforma social. Le dio una extremada importancia a las interacciones entre los hombres y la comunidad. Se pronunció en contra de la doctrina del *laissez-faire*, el darwinismo-social y el comercialismo. No obstante, no se puede negar que el papel asignado a la inteligencia, como órgano al servicio del cambio social, era una idea que remataba en el darwinismo, ya que capacitaba al individuo para aumentar su poder en la lucha por la existencia.

La influencia darwiniana también se hizo presente en la manera de interpretar las leyes y la teoría social. La generación que precedió a la introducción de la teoría de Darwin había pensado que la ley y las decisiones judiciales eran una lógica interpretación de las constituciones y que por lo tanto eran inevitables. A raíz de estas nuevas influencias, se comenzó a sostener que la ley era una parte del proceso social, una salida a puntos de vistas contrapuestos y de compromisos políticos.

Uno de los hombres que más hizo para cambiar la ley fue Louis D. Brandeis, quien fue nombrado para la Corte Suprema, por Woodrow Wilson. Sostuvo este eminente abogado de Boston, que desde que la posición social de los jueces tenía una influencia

en sus decisiones, ellos deberían basar sus sentencias, no sólo en argumentos legales, sino también en los hechos económicos y sociales del caso.

Incluso la misma Constitución norteamericana fue objeto de un estudio crítico. Arturo F. Bentley sostuvo en 1908, que toda ley era el resultado de la lucha entre grupos que tenían intereses contrapuestos, y que las constituciones eran un tipo especial de ley. Carlos A. Beard, un historiador brillante de la Universidad de Columbia, estudió en su magnífica obra *An economic interpretation of the Constitution* (1913), los intereses económicos contradictorios de quienes había redactado este documento. De este análisis concluyó que la Constitución norteamericana había sido estudiada y redactada por un grupo de propietarios, que no tenían vinculación alguna con las masas populares.

Las ideas de la Evolución también ejercieron un impacto en la manera de considerar la historia de los Estados Unidos. La analogía entre el desarrollo biológico y el surgimiento de las instituciones sociales, permitió, desde 1880, concebir que la historia se podía transformar en una ciencia exacta, una vez que las leyes de la historia pudieran ser conocidas. John Fiske trazó la historia norteamericana desde sus etapas más primitivas. Una escuela de historiadores vio los orígenes de la democracia norteamericana en las tribus primitivas de la Germania. Inspirados por un grupo racista consideraron a los anglosajones como los creadores y defensores de la libertad. Teodoro Roosevelt vio en la expansión hacia el Oeste una continuación de la invasión de los anglosajones, que había comenzado en los pantanos de la Germania. Para Frederick Jackson Turner, la conquista de la frontera norteamericana era parte de un proceso evolutivo. Pero, para él, la democracia norteamericana no había tenido origen en los bosques de la Germania, sino en los de América. Para Turner, el cierre de esta frontera, en 1893, habría tenido serias implicaciones para los Estados Unidos. La conquista de esta frontera había creado la rudeza, la ri-

queza de recursos y el individualismo del carácter norteamericano. Este gran historiador era optimista, porque creía que este espíritu libraría a los Estados Unidos de todos los males de la civilización industrializada y urbanizada, que ya eran propios de la cansada Europa.

Al lado de esta visión optimista, Henry Adams y su hermano Brooks son los exponentes de una marcada posición pesimista. Para Henry, la historia no es un progreso, sino una degradación. Pensaba que la disipación de energía terminaría con la destrucción de la humanidad. Su hermano Brooks escribió, en 1912, que su país no podía adaptarse rápidamente a las condiciones cambiantes, ya que a sus gobernantes les faltaba voluntad e imaginación para convertir a la República del Norte en un estado disciplinado.

INFLUENCIA DEL DARWINISMO EN LA EDUCACIÓN

Los postulados expuestos por Darwin y Spencer abrieron un amplio surco fecundo en la ciencia y en el pensamiento. La idea de la evolución, aplicada a los distintos campos del saber, debía traer como consecuencia un deseo de conocer cómo se habían formado los seres vivos, cuáles habían sido las etapas ya superadas en la naturaleza y cuál había sido el pasado de la especie humana. Por otro lado, si se participaba de la creencia de que sólo el más "apto" era quien podía triunfar en la "lucha por la existencia", idea que se podía aplicar tanto al reino natural, como a los hombres, en cuanto a individuos, y a los países en la vida internacional, se debía llegar a la conclusión de que era indispensable fomentar el desarrollo educacional para hacer del norteamericano un luchador infatigable y a los Estados Unidos una potencia industrial de primer orden.

Entre 1870 y 1900 la educación superior progresó gracias a los donativos públicos y privados. La Ley Morrill de 1862 ordenó que el gobierno federal entregara grandes extensiones de tierras a los

estados que fundaran colegios en donde se enseñara la agricultura y las artes mecánicas. La filantropía privada rivalizó con la acción gubernamental en la creación de establecimientos de educación. Ezra Cornell, que había hecho una fortuna con el telégrafo eléctrico, fundó la Universidad de Cornell, que abrió sus puertas en 1868. Las Universidades de Stanford (1891) y Vanderbilt (1873) fueron obra de dos millonarios enriquecidos en el negocio de los ferrocarriles. John D. Rockefeller donó a la Universidad de Chicago 34 millones de dólares. La Universidad de John Hopkins (1876) tiene el nombre de un rico banquero de Baltimore, que al mismo tiempo hizo fortuna con los ferrocarriles. El Instituto de Carnegie (1896), en Pittsburg, fue financiado por el rey del acero, que creía que era un deber de los hombres de fortuna ayudar a la expansión de la cultura.

El cambio llega al contenido mismo de la educación que se proporciona. Los Colegios Universitarios anteriores a la Guerra Civil enseñaban más bien ramos teóricos —humanismo, matemáticas y teología—, pero después de este acontecimiento bélico, se acentuó el interés en la enseñanza comercial y técnica, para preparar a los graduados universitarios para la sociedad industrial.

Pero el prestigio de las ciencias había llegado tan alto que se producen alteraciones en la calidad de los ramos enseñados, en el énfasis que se da a la investigación científica y en la eliminación del sectarismo. Al final de siglo, algunos científicos norteamericanos habían alcanzado renombre internacional. Benjamín Peirce era figura destacada en Harvard como matemático; O. C. Marsh, de Yale, y E. D. Cope, de Pensylvania, se distinguían como paleontólogos; Alberto A. Michelson, de la Universidad de Chicago, hizo importantes descubrimientos en la teoría molecular y midió la velocidad de la luz; y, sobre todo, Josiah Willard Gibbs, de Yale, quien con sus trabajos de física teórica y de química física preparó el camino para la teoría de la relatividad y para otros trabajos científicos.

La Universidad de Harvard se modernizó. Bajo el rectorado de Carlos W. Eliot, se introdujo el sistema electivo de ramos que los estudiantes podían elegir dentro de una gama muy extensa y numerosa. A los estudiantes de medicina, cuyas exigencias eran mínimas hasta entonces, se les obligó a un trabajo más serio en laboratorios y clínicas. Los que seguían leyes ya no deberían memorizar textos, sino que obtener sus conocimientos mediante el examen de casos específicos.

La Universidad de John Hopkins le dio un gran ímpetu a los cursos diversificados y a la investigación especializada. La mayoría de sus profesores había estudiado en Alemania.

No todas las innovaciones fueron intelectuales. La introducción de los deportes —baseball, basketball, football— fueron juegos que le dieron a la vida universitaria una gran animación; al mismo tiempo que contribuyeron a robustecer física y moralmente al alumnado.

La apertura de numerosos Colegios Universitarios coeducacionales y de otros exclusivamente femeninos, les dio oportunidades a las mujeres de prepararse para la vida profesional y para los negocios.

El progreso de la educación primaria y secundaria se reflejó en la extensión del período escolar, en un mayor presupuesto escolar, en un declinamiento del analfabetismo y en la dictación de leyes que establecían la obligatoriedad escolar. Los programas de estudio comenzaron a incluir historia y literatura, cursos vocacionales y comerciales. Una gran preocupación fue la preparación del alumno para enfrentar su medio social. Se fundaron numerosas escuelas vocacionales y normales para negros. El Instituto Agrícola y Normal de Hampton (1870) se dedicó a dar educación vocacional a los negros.

Aparecen instituciones para perfeccionar la cultura popular. En 1874 se fundó la Asamblea de Chatauqua, que comenzó siendo

una escuela formadora de maestros para las escuelas dominicales, pero que llegó a ser una organización nacional con círculos de estudio y una dotación de eminentes conferenciantes, que desarrollaron temas interesantísimos a lo largo de todo el país. Se organizaron escuelas por correspondencia y se publicaron "bibliotecas" de libros baratos que eran vendidos por suscripción y enviados por correo.

Las mujeres, con intereses culturales, se agruparon en clubes literarios, que más tarde fueron unificados en una Federación General de Women's Clubs, en 1889.

Un acontecimiento tardío de la influencia darwinista fue el proceso que se le siguió al profesor secundario de Tennessee John Thomas Scopes, en 1925. Un grupo de fanáticos, llamado los fundamentalistas, que eran partidarios de una interpretación literal de la Biblia, habían logrado hacer aprobar leyes que prohibían la enseñanza de la teoría de Darwin, a partir de 1920, en las escuelas públicas. En Tennessee, el darwinismo fue declarado ilegal, tanto en las escuelas secundarias como en las Universidades. El profesor John T. Scopes desafió la ley y enseñó la teoría a sus alumnos. Fue denunciado, declarado culpable y delegado a pagar una multa, que no se hizo efectiva. Los fundamentalistas habían ganado la batalla, pero habían hecho un papel ridículo. Los que se oponían aprendieron en experiencia y se organizaron para combatir la intolerancia.

EL DARWINISMO EN LA POLÍTICA INTERNACIONAL

La influencia del Evolucionismo Darwinista en la expansión imperialista, que comenzó a manifestarse a fines del siglo pasado, fue extremadamente llamativa, ya que le dio un significado conceptual al avance norteamericano en el terreno internacional. Aun cuando Darwin se había referido al mundo biológico, un grupo de expansionistas no vio razón alguna para que esta teoría no pudiera ser aplicada a los seres humanos. El darwinismo permitió

fundamentar el racismo y la expansión imperialista de fines del siglo pasado.

En la historia norteamericana del siglo XIX hay dos períodos de expansionismo. Hasta 1893 dominó la expansión hacia las tierras del Oeste, hasta llegar al Pacífico. En esta primera fase la doctrina del "Destino Manifiesto" le da una significación racional a este avance hacia el Poniente. Desde 1898, a raíz de la Guerra con España, se inicia la conquista de un imperio económico y político en ultramar. En esta segunda etapa hay, evidentemente, una marcada influencia de la doctrina evolucionista de Carlos Darwin.

No se puede dejar de llamar la atención a las relaciones que se pueden establecer entre la doctrina del Destino Manifiesto y la interpretación que se dio en política internacional a las ideas evolucionistas.

La idea del "Destino Manifiesto" le dio un carácter especial a la expansión norteamericana hacia el Oeste, después del año 1830.

La expresión "Destino Manifiesto" llegó a tener un uso popular a partir del año 1845, pero la idea era más antigua. La frase implicaba la determinación del "Padre del Universo" o del "Gran Arquitecto" de reservar el continente americano para el libre desarrollo del aumento de población. Ninguna fuerza, ninguna barrera física podría detener el avance irresistible de esta nación de extender sus instituciones democráticas y preservar a la América del Norte del absolutismo siniestro de la vieja Europa. La expansión al Oeste robustecería la democracia, daría un asilo a las masas oprimidas de Europa, y sería un reto al despotismo.

Los políticos de la década del cuarenta querían la dominación de las aguas del Pacífico Norte, el comercio con el Oriente y la adquisición de todas las tierras que mediaban entre el Misissipi y el Pacífico. Es la visión de un pueblo poderoso, que anhela nuevas adquisiciones territoriales. Todos los políticos estaban de

acuerdo, aun los que representaban los intereses más contrapuestos, tanto los comerciantes de Nueva Inglaterra, como los congresales del Sur, los representantes de cada sección de los Estados Unidos.

Frederick Jackson Turner afirmó en su ensayo *The significance of the Frontier in American History*, que en 1893 se había cerrado la frontera norteamericana, es decir, se habían agotado las posibilidades de expansión al Oeste, al entregarse las últimas tierras públicas. Teodoro Roosevelt vio con alarma esta realidad, ya que había sido un gran admirador de la conquista del Oeste y del espíritu expansionista de la Europa Occidental. ¿Cuál iba a ser, ahora, el destino de la juventud? "Este país necesita una guerra" escribió a Lodge, en diciembre de 1895. Para Roosevelt la expansión territorial era un signo y una prueba de grandeza racial y de gran beneficio para la humanidad. En una posición semejante no puede menos que verse la influencia de las nuevas ideas, que tanta importancia habían tenido en los otros aspectos de la cultura norteamericana.

Es en este instante cuando esta nueva doctrina biológica comienza a inspirar una nueva política internacional.

Este nuevo planteamiento en lo internacional comenzó en 1890 y por muchos fue considerado como una nueva fase de la doctrina del "Destino Manifiesto". El partido Republicano revivió la frase en 1892 y cuatro años más tarde la incluyó en un ambicioso programa electoral. Efectivamente, en 1896 sostuvo la necesidad de una nueva política internacional "firme, vigorosa y definida", de una fuerza naval que le permitiera a la nación mantener su posición y responsabilidad, de un control de las islas Hawai, de la construcción de un canal por Nicaragua, "construido, operado y de propiedad de los Estados Unidos", y la provisión de una estación naval en las Indias Occidentales. La victoria republicana de 1896 fue seguida de la guerra con España, de la

adquisición de un imperio colonial en el Caribe y en el Pacífico, y del liderato entre las grandes potencias en la defensa de la política llamada de las "puertas abiertas" (open door policy) en China y de la integridad del territorio chino. En 1900 este mismo partido vuelve a tener una nueva victoria electoral. Era un índice evidente que la opinión pública norteamericana estaba de acuerdo con esta forma de encarar los asuntos exteriores.

De considerable importancia para la comprensión de esta singular interpretación de la doctrina del "Destino Manifiesto" es la Teoría Evolucionista de Carlos Darwin. Por lo menos, esta es la opinión de Julius W. Pratt, profesor de Historia de los Estados Unidos en la Universidad de Buffalo, en su obra *A History of United States foreign policy*. Para este autor, si "la lucha por la existencia" tenía por resultado la "supervivencia y el predominio del más capaz"⁴, una lucha similar se producía entre las razas humanas y las naciones, con idénticos resultados. Esta competencia ruda en lo internacional se justificaba en nombre del progreso. Esta doctrina era inconfortable para el débil, pero muy conveniente para una nación, que como los Estados Unidos, no tenía dudas sobre sus virtudes superiores y sus capacidades. Julius Pratt proporciona en su obra una argumentación muy contundente, como para poder desestimarla, cuando se quiere estudiar las razones que tuvo la opinión pública norteamericana para aceptar la política expansiva que se inicia con la guerra contra España de 1898, que por otro lado fue de cortísima duración.

Varios escritores norteamericanos explicaron y aplicaron la teoría darwinista en aquella época.

El historiador John Fiske en un ensayo titulado *Manifest Destiny*, publicado en Harper's Magazine, en 1885, y en formato de

⁴Julius W. Pratt: *A history of u.s. foreign policy*. Prentice Hall, Inc., New Jersey, 1958, p. 369.

libro en ese mismo año, sostuvo la calidad superior de las instituciones anglo-sajonas y del número y poder creciente de los miembros de la raza anglo-sajona. Para él, el proceso había comenzado cuando la raza inglesa había colonizado América. El destino de este grupo humano era ir hacia adelante, hasta que cada pedazo de la superficie terrestre, que no estuviere ocupada por una antigua civilización, llegara a ser inglesa por su lengua, su religión, por sus hábitos políticos y tradiciones, hasta en la sangre de sus habitantes.

El pastor congregacionista, Josiah Strong, en un volumen titulado *Our country: Its possibly future and its present crisis*, también publicado en 1885, predicó una doctrina similar, invocando la biología darwiniana y la voluntad divina. Escribió que los anglo-sajones estaban encargados por la divinidad de ser los guardianes de la especie humana y que habían sido preparados por Dios para la competencia final de las razas. Este grupo racial, de energías inigualadas, debía extenderse sobre la superficie terrestre, sobre Méjico, sobre América Central y del Sur, sobre las islas del mar, sobre el Africa y aún sobre el resto del mundo. Terminaba preguntándose: "¿y puede alguien dudar que el resultado de esta competencia será el "survival of the fittest"?"

El profesor John W. Burgess, de la Universidad de Columbia, en un trabajo que publicó en 1890, sostuvo la idea de que no sólo los anglo-sajones, sino que también el resto de las razas teutónicas, como los germanos, tenían no sólo el derecho, sino que también la obligación de llevar la cultura cívica a todas las partes del resto del mundo habitadas por pueblos bárbaros. Para este autor, los teutones siempre se habían distinguido por su talento para el gobierno. Como creadores del estado nacional, ellos habían elaborado la más moderna y completa solución a todos los problemas políticos que el mundo se había planteado hasta entonces.

En un terreno más práctico y en relación al creciente poderío de la armada norteamericana, el capitán de navío Alfred Thayer Mahan, en una obra titulada: *The influence of sea power upon History, 1660-1783*, desarrolló su pensamiento en orden a impulsar el crecimiento del poderío naval de su país. Para él, Inglaterra se había transformado en el más poderoso estado en un siglo y cuarto, a pesar de que había sido una potencia de segundo orden. De hecho, Mahan hace una generalización de que ninguna nación puede ser de primera importancia sin un poder naval. Lo que puede hacer grande a un país en el mar o por el mar es el comercio, la marina mercante, las bases navales en los puntos estratégicos y las colonias de ultramar. Todo esto lo había tenido Inglaterra. En cambio, Estados Unidos, que tenía un comercio creciente, transportaba sus mercaderías en barcos de otras nacionalidades, tenía una rudimentaria marina de guerra, y no poseía colonias, ni bases navales. Para estos objetivos era fundamental el dominio del Caribe y del Pacífico, océano este último que estaba destinado a tener una gran importancia comercial.

Algunos hechos materiales podían servir de apoyo a este modo de pensar. El comercio exterior de los Estados Unidos se había doblado en treinta años, entre 1870 y 1900. La proporción de los artículos manufacturados entre las exportaciones norteamericanas había subido de un 15% a un 32% en el mismo período⁴.

El mito de la superioridad del anglo-sajón, como la conveniencia ineludible de expandir el poderío norteamericano, para demostrar la superioridad de la raza, fueron ideas que encontraron eco en algunos círculos políticos y militares de los Estados Unidos. Pero también encontraron objeciones serias dentro del mismo país, como para que pudieran haber sido llevadas a la realidad sin mayores dificultades.

⁴Ibidem, p. 371.

En primer lugar, un gran porcentaje de la población no era de origen anglo-sajón. De ahí que en vísperas de la Primera Guerra Mundial se prefirió hablar de los norteamericanos de "habla inglesa", en vez de "la raza anglo-sajona".

Por otro lado, el pueblo norteamericano estaba viviendo intensamente los valores de la competencia económica y no estaba tan dispuesto a enlistarse en las fuerzas armadas por muy convincentes que hubieren sido las palabras de Teodoro Roosevelt en su discurso llamado "Strenuous life". Por otra parte, faltaba una casta militar.

Algunos escritores, como el inglés Carlos Pearson, temían que otras razas, como la china, la hindú y la negra pudieran desafiar la supremacía de la civilización occidental con medios industriales más que militares, especialmente por su alta tasa de natalidad. Jack London, en 1904, expresó que los japoneses podían poner en peligro la superioridad de los anglo-sajones al aprovechar la capacidad de trabajo del pueblo chino. Hugh H. Lusk vio en la amenaza japonesa una pequeña parte del gran despertar de la raza mongólica. Para detener el avance nipón pedía el engrandecimiento del ejército, porque en su concepto la fuerza de una nación está en su vigor militar para enfrentar con éxito la lucha por la existencia. Brooks Adams estaba temeroso de un conflicto con Rusia, porque, según expresó, no había lugar en la economía mundial para dos centros de riqueza y de poder.

La aplicación del darwinismo a la idea de la superioridad racial y a la expansión imperialista encontró oposición dentro de los mismos Estados Unidos, en un grupo de escritores y políticos que hicieron ver la incompatibilidad de semejante planteamiento con las tradiciones norteamericanas. Temieron estos escritores que la formación de un imperio colonial semejante introduciría dentro de la estructura política a grupos de extranjeros que no podrían asimilar las adquisiciones anglo-sajonas en materia de gobierno autónomo. La diferencia de lenguas, costumbres e insti-

tuciones implicaría la creación de una burocracia y de un ejército, con el consiguiente problema de tener que alzar las contribuciones para poder financiar estos nuevos gastos. Pensaban que una actitud semejante equivaldría a anular uno de los principios fundamentales de la democracia nacional, que siempre se había basado en el concepto de la soberanía popular. La defensa de estas posesiones de ultramar llevaría al país a una permanente amenaza de guerra.

Entre los antiimperialistas hay que nombrar a William James, William Graham Sumner y David Starr Jordan. James escribió cartas indignadas al "Evening Transcript" de Boston, denunciando la ideología expansionista y afirmando que Teodoro Roosevelt estaba todavía en un período de temprana adolescencia. William James fue Vicepresidente de la Liga Antiimperialista.

El más conocido de los pacifistas fue David Starr Jordan, Presidente de la Universidad de Stanford. Con argumentos que sacó de la misma teoría darwinista, Jordan estableció que la guerra desde el punto de vista biológico era más bien un mal que un bien, pues se llevaba al que era más apto desde el punto de vista físico y mental, y dejaba al que tenía menores condiciones. Jordan, que había perdido un hermano en la Guerra Civil, se interesó en el desarmamentismo y en el arbitraje. Fue un eminente biólogo que estudió los aspectos biológicos de la guerra. Para fundamentar su tesis utilizó argumentos antropométricos, estadísticas de guerras, recuerdos de los veteranos de la Guerra Civil y conclusiones de otros biólogos. Recordó Jordan que el mismo Darwin había sostenido que la guerra no tenía nada de eugenésico.

Aun cuando Jordan no tuvo éxito en imponer su punto de vista, dejó una profunda convicción sobre los aspectos degenerativos de la guerra.

El estallido de la Primera Guerra Mundial proporcionó una nueva ocasión para aclarar conceptos en torno a este problema. El profesor Ralph Barton Perry en su *Present conflict of ideals*

(1918), escribió la más sustancial de todas las refutaciones de la ética y de la sociología darwinista, que habían rematado en relaciones estrechas con las afirmaciones de von Bernhardt y Nietzsche. Le criticó al darwinismo que no viera otros valores más allá del concepto de "supervivencia del más fuerte".

George Nasmyth, en un trabajo titulado: *Social Progress and the Darwinian Theory* (1916), popularizó las ideas de Kropotkin y del sociólogo ruso Jacques Novicow. Le criticó al darwinismo su tendencia a ignorar el mundo físico y a creer que el progreso no es la lucha del hombre con su medio ambiente, sino del hombre contra el hombre. Expuso que por otro error de interpretación, los darwinistas habían considerado que el más apto era el más fuerte en el sentido físico, en circunstancia de que Darwin sólo había hablado del más adaptado a las condiciones existentes. Por otra parte, los seguidores de Darwin en los Estados Unidos habían interpretado el concepto de "lucha por la existencia" como una total muerte para el vencido, mientras que el mencionado autor apenas había sostenido que era aplicable a los hombres. Finalmente, en la interpretación norteamericana, no se tomaba en cuenta el concepto de ayuda y solidaridad, que hace de la asociación humana uno de los factores del progreso.

CONCLUSIÓN

Pocos sistemas de ideas han tenido tanta influencia en la historia humana como la Teoría Evolucionista de Carlos Darwin. Sólo Copérnico, Newton y Freud han contribuido a abrir nuevas rutas en la investigación científica. Como en estos casos, los darwinistas trataron de ver de qué manera la Teoría de la Evolución podía ser útil a las distintas ramas del pensamiento social.

Las tres últimas décadas del siglo XIX y los comienzos de la presente centuria se pueden considerar como el período darwiniano en la historia norteamericana. Inglaterra dio a Darwin al

mundo, pero los Estados Unidos le dieron al darwinismo una recepción rápida y entusiasta, según lo expresado por Richard Hofstadter. El darwinismo llegó a los Estados Unidos en una época de grandes cambios económicos. La sociedad norteamericana vio en esta teoría su propia imagen, y su clase dirigente hizo ver que esta lucha económica era buena en sí misma. La filosofía de la supervivencia vino a justificar la rivalidad ruda en los negocios y la política carente de principios, tan propios de este país a fines del siglo pasado y comienzos del presente.

La continuidad del darwinismo dependía de la aceptación general de la competencia sin límites, la cual, a su vez, nada tiene de estable. La clase media, que en el pasado se había abierto camino, a través de sus propios recursos, ahora era la primera víctima de un régimen que la condenaba a una vida limitada por el engrandecimiento de los grandes monopolios. En tales condiciones el darwinismo no podía subsistir. Después de haberse expresado en sus dos formas, como una tendencia individualista, o como una versión colectivista, vio su fin después de la guerra de 1914. En el entretanto, una nueva tendencia política, el Progresivismo a través de dos mandatarios, Teodoro Roosevelt y Woodrow Wilson, ponía en jaque a las grandes empresas, para obligarlas a "jugar limpio" y contribuir al progreso general de la nación. El Progresivismo fue un típico movimiento de clase media, llevado adelante por hombres educados en las Universidades.

Cuando el darwinismo entró a los Estados Unidos predominaba en el país un ambiente favorable a una actitud conservadora. Después de la agitación provocada por la Guerra Civil, la población deseaba paz y tranquilidad, para el mejoramiento y goce del continente que se estaba colonizando y para el desarrollo industrial que estaba floreciendo. En esta atmósfera el darwinismo vino a apoyar la posición conservadora, en el sentido de que la teoría de la lucha por la existencia implicaba progreso, y de que toda reforma social debería ser lenta y sin apuro.

Sin embargo, el conservantismo norteamericano, robustecido por el darwinismo, era de un tipo muy especial. En primer lugar, nada tenía que ver con la religión. En segundo lugar, era casi anárquico, ya que no permitía la intervención estatal. Finalmente, era un conservantismo que nada tenía que ver con lo emocional, ya que era una apreciación fría, si se quiere, que hacía de una apreciación peculiar de la realidad.

El darwinismo social fue una especie de calvinismo naturalista, en el cual la relación entre el hombre y la naturaleza era de un ciego determinismo, en la misma forma como la religión calvinista sostenía el principio de la Predestinación. Esta manera de considerar la relación hombre-naturaleza implicaba la necesidad de encarar la dureza de la vida, la imposibilidad de encontrar soluciones fáciles a las debilidades humanas, la inevitabilidad del trabajo y del sufrimiento y la auto-negación. Esto creó una ética económica que aparecía como indispensable dentro de una sociedad industrial en desarrollo, que exigía que el trabajo y el capital hicieran aprovechables los recursos inexplorados. Dentro de esta comunidad eran indispensables el trabajo asiduo y el ahorro perseverante, que capacitaban para el triunfo dentro de la vida económica. Esto permitía ver el valor verdadero del carácter personal. La actividad económica era un conjunto de circunstancias que ofrecía motivación suficiente para los hombres de recia personalidad, mientras que castigaba a aquellos que eran negligentes, ineficientes, imprudentes, inmaduros y derrochadores.

